



N.º 10  
La mujer que batió el record  
POR  
Lee Parry

# La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año I Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE N.º 10

DIE FRAU MIT DEM WELTREKORD  
1927

## La mujer que batió el record

Comedia tomada de la obra  
Lüthge e interpretada por  
Lee Parry, Joop Van Hulzen,  
Valeria Boothby, etc.

### EXCLUSIVAS

E. Gonzalez - Emelka - Madrid

Para Cataluña, Aragón y Baleares

Vda. de Eduardo Fíus

Rambla de Cataluña, 44

Barcelona

Ediciones BISTAGNE  
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Postal obsequio: NANCY CARROLL

# La mujer que batió el record

## ARGUMENTO DE LA PELICULA

Juan Forbes, joven ingeniero, de gran talento y brillante porvenir, hacía seis semanas que se había casado con Lee, una bella y escultural mujercita, muy aficionada al deporte de natación.

Aunque el amor en plena luna de miel hacía de las suyas, la rubia Lee no olvidaba sus ejercicios en el agua. Ello disgustaba muy profundamente a su maridito, enemigo de Neptuno y que sólo caía de hinojos ante Venus.

Hubiera deseado Forbes que su adorable esposa dejase el deporte para dedicar todos sus entusiasmos a los ejercicios más o menos arriesgados del amor, pero no lo había conseguido. Lee se empeñaba en sus trece, y para evitar pendencias, Forbes había dado su consentimiento para que ella tomara parte en una nueva exhibición como nadadora.

—En este record quiero alcanzar, por lo me-

nos, el sexto lugar—decía Lee, en su cuarto del Club de Natación.

—El lugar poco importa. Lo principal es que te diviertas—contestó él tristemente viendo como su esposa quedaba en cefiado “maillot” de baño que dejaba ver las adorables redondeces de su cuerpo bien formado y macizo.

¡Qué pena! Aquel cuerpo tan amado, tan suyo en las intimidades amorosas, iba a manifestarse ante todos aquellos concurrentes a la piscina...

Entró a ver al matrimonio, Pablo Stanley, primo de Forbes.

—¿Estás ya preparada, Lee?

—Del todo...

—He visto ya a las otras nadadoras cerca de la piscina.

—Allá voy también.

Y encasquetándose un gorro que ocultó su cabellera rubia, dirigióse a la pista en compañía de los dos hombres.

Al ir a entrar en el recinto reservado, un acomodador impidió el paso de Forbes y de Stanley:

—¿Dónde tenían las localidades?

Comenzaron a buscar y vieron con sorpresa que no las llevaban encima.

—Las debemos haber dejado en el cuarto de Lee—exclamó el marido.

—¡Déjenos pasar! ¡Vamos con la señorita!—arguyó Stanley.

—¡Imposible! Sin el requisito de la localidad no entran ustedes.

Y ante la testarudez del empleado, los dos primos volvieron al cuarto de Lee para buscar los billetes.

Iba a comenzar la carrera. Lee avanzó sola

por el borde de la piscina, yendo a reunirse con las demás aspirantes... Eran chicas de formas soberanas, de formas de revista...

Entre las nadadoras estaba Mary Bown que ostentaba el record mundial de natación y que en cuanto a formas era una cosa... formal, definitiva.

Las muchachas miraron con desdén a Lee a quien no consideraban capaz de ninguna hazaña.

Lee sonreía... Al menos el sexto lugar... ¡Qué lástima que no estuviera aún allí su marido para animarla en aquel instante!

En cambio, Mary recibía sonriente las instrucciones que le daba Tom Wobler, su representante y entrenador.

Comenzó la carrera y aquellas hermosas hijas del mar cayeron sobre las olas, nadando desesperadamente.

Y a pesar de los esfuerzos de Mary y de las otras nadadoras, fué Lee quien alcanzó el primer puesto, batiendo por tres segundos el record del mundo.

Estalló, clamorosa, la ovación. Lee sonreía a todos emocionada, y buscaba entre la multitud a su marido. No estaba allí. Con lo feliz que hubiera sido presenciando el magnífico éxito.

Forbes y su primo habían estado buscando infintamente por el cuarto de Lee las entradas. Ante lo infructuoso de su gestión, volvieron cerca de la piscina y tuvieron que contentarse con oír los gritos de entusiasmo de los concurrentes.

De pronto se escuchó una gran voz:

—¡Lee ha vencido por seis metros!!

Aquello mitigó su disgusto y habiendo Forbes

puesto casualmente la mano en el bolsillo del pantalón, descubrió en él las suspiradas entradas. ¡Ahora que ya había pasado la ocasión!

Vieron pasar de lejos a un numeroso grupo que entonaba vítores a Lee. No pudieron acercarse a él a causa de la enorme masa humana que lo formaba. En medio, rodeada de flores, estaba Lee, sonriendo a todo el mundo.



... sonreía a todo...

Consiguió finalmente la joven entrar en su cuarto, cerrando la puerta a aquellos devotos de su victoria, Forbes y Stanley probaron infructuosamente de abrir brecha en aquella barrera.

Entretanto, Mary, la ex campeona, había regresado a su habitación y se hallaba de un humor de todos los demonios.

Acercósele Tom Wobler, hombre práctico a quien había desencantado la derrota de su favorita. En cambio veía en Lee un gran filón que explotar.

—Mary, ha perdido usted—le dijo fríamente.

—¡Valiente noticia!—respondió desdenosa y tumbándose indolentemente en una butaca, dejando al descubierto sus piernas de seductora línea.

—Es que según el artículo quinto de nuestro contrato, si usted deja de ser campeona, su vigencia queda nula.

—¡Ah! ¿Me abandona usted?

—Es necesario, señora. Mis intereses están sobre todo lo demás. Pero si vuelve usted alguna vez a ganar el record, firmaremos un nuevo contrato.

Y alejóse riendo.

Dirigióse en compañía de Robby, su hombre de confianza, hacia el cuarto de Lee donde habían conseguido, al fin, entrar Forbes y su primo Stanley.

Marido y mujer se abrazaban con febril alegría.

Tom abrióse paso entre la multitud que obstruía el pasillo, y entró en el cuarto.

Al ver a Lee reír alborozada con Forbes y otro caballero, tomó a éstos por empresarios que venían a ofrecer una contrata a la joven, y gritó con recia voz:

—Señorita, yo la ofrezco un contrato con el veinte por ciento más de lo que le dé a usted cualquier empresario.

—¿No es usted agente de Mary?—preguntó Lee, intrigada.

—Lo era, pero quedo libre. La ofrezco ahora una *tournée* por todo el mundo. Contrato por dos años. Nadará en las mejores piscinas. Le garantizo mil dólares por semana.

—De veras?

—Firmará ahora mismo el contrato, si usted quiere.

Forbes estrechó en brazos a su mujer y miró altivamente al empresario que estaba redactando ya la contrata.

Cuando hubo acabado el escrito, Tom oyó como Lee decía a aquel desconocido:

—Juan... maridito mío... pronto seremos ricos.

—Pero, ¿vas a aceptar?

—Ya lo creo! ¡Figúrate! Mil dólares por semana durante dos años. Casi millonaria.

Forbes tembló... El no era rico; sólo poseía los ingresos de su trabajo...

—No quiero ser obstáculo a tus planes. Doy mi consentimiento—exclamó.

—¡Gracias, querido mío!

Y después de besarle cariñosamente estampó su firma en el contrato.

Tom miró a Forbes y a Lee, y preguntó:

—¿Conque están ustedes casados?

—Sí, señor—respondió ella.

—Pues... por lo pronto no pueden ustedes pensar en la vida matrimonial.

—¡Eh, señor mío!... Eso no...— protestó Forbes que no deseaba permanecer... en cuarentena.

—Pasado algún tiempo... ya veremos.

—¡Imposible!

—¡Debes ceder, esposo mío!... Se trata de nuestra felicidad.

Y Forbes accedió de nuevo a regañadientes

para no ver tristes aquellos claros ojos de mujer.

Llamaron a la puerta. Lee franqueó la entrada y penetró una nube de fotógrafos y periodistas, ávidos de obtener datos de la desconocida campeona.

Lee tuvo que posar ante el objetivo, llevando en las manos la gran copa de plata que había ganado y una hermosa corona de flores.

Tom se encargó de responder a la intervención.

—Pues sí, señores periodistas... Apunten ustedes que ya en su más tierna edad nadaba Lee en competencia con focas y ballenas entre olas que se rompían cerca del castillo de sus antepasados.

—Pero, señor, yo me he criado en las montañas, lejos del mar—protestó Lee en voz baja.

—Eso es uno de los secretos que debe usted guardar—le dijo en el mismo tono.

Y mirando de nuevo a los reporteros, agregó:

—Hasta la fecha su vida ha estado dedicada por entero a la natación. No sabe lo qué es amor ni lo acepta de nadie.

Lee y Forbes le miraron, con sorpresa ella, con feroz indignación el esposo. Pero el empresario continuó impertérrito:

—De eso del matrimonio ni hablar. Una heroína debe permanecer soltera.

—Y cómo se llama la nueva campeona?

—Lee Forbes... digo... Lee... Besfor.

—¡Esto es intolerable!—rugió Forbes acariciando a su esposa.

—¿Ese señor tiene algo que ver con ella?—preguntó un reporter.

—Es un pariente... lejano...

Y siguió la farsa hasta que los periodistas se alejaron para llenar cuartillas con aquellos "sinceros" datos acerca de la campeona.

Tom se despidió de la joven hasta el día siguiente, y ella y su marido marcharon a su hogar.

—¡No puede ser!—le dijo Forbes al llegar a casa—. Debes renunciar a ese contrato. ¡No sabes que yo no puedo vivir separado de ti?

—¡Tontín! Debes tener un poco de paciencia... Sacrificate ahora... que ya te resarcirás después, cuando seamos ricos...

Y le llenó la boca de besos y se ciñó contra él en amoroso arrebato.

\* \* \*

Al día siguiente, Tom, en compañía de Robby, se dirigió a casa de Lee en ocasión en que ella se encontraba sola.

—Es indispensable que salga usted de su nido matrimonial y se traslade inmediatamente al Palace Hotel.

—¿Eso más?

—Y no hay que perder tiempo. Además necesito un retrato de cuando usted era niña.

—Bien... bien... Todo sea... por el contrato—dijo riendo.

Saltó ágilmente hacia un armario y sacó varios retratos. Tom cogió al azar el de una criatura.

—El suyo, verdad?

—No... no... ¡Es el de mi marido cuando era niño!

—¿Y qué importa? Para el caso es lo mismo. ¿Quién puede averiguar si es usted o su marido?

Marchó rápidamente, y Lee preparó el equipaje para ir al hotel.

Mientras tanto, el marido, en su oficina comentaba con sus compañeros la fotografía de su esposa aparecida en todos los diarios.

Y hacía amargos comentarios sobre su situación que provocaba las burlas disimuladas de sus camaradas.

Una hora después, Tom con Robby volvió a casa de Lee. Ella le recibió en su cuarto donde estaba arreglando el equipaje.

—Ya no va usted al hotel. Tenemos que salir inmediatamente para Francfort—le dijo—. Mañana nadamos allí. Ha sido una contrata relámpago...

—¿Sin despedirme de mi marido?

—No hay tiempo que perder. Dentro de 35 minutos sale el expreso.

La joven, tímidamente, rogó al empresario saliera, pues tenía que ponerse otro traje. Pero Tom contestó con tranquilidad:

—No se preocupe... No tenga vergüenza de mí. Puede quedar desnuda. Yo soy para usted como una madre.

Y Lee, ruborizada y apartándose discretamente a un rincón, quitóse el vestido, apareciendo unos momentos con la ropa interior... que dejaba transparentar la carne color de rosa... Vistiése un traje de calle.

Pero Tom no reparaba en ello... Para él lo primero del mundo era el negocio de nadar... y lo demás... nada...

—¿Está usted ya? Pues, salgamos.

Y marcharon los dos no sin que antes Lee

escribiera unas líneas para su marido, ordenando a la criada las enviasen al despacho.

Forbes se indignó al conocer la noticia y marchó velozmente a su casa.

Lee estaba ya fuera. En el cuarto no quedaban más que unos pañuelos que Lee había olvidado y un olor suave, delicioso, que Forbes, exquisito sibarita, conocía bien...

\* \* \*

En el mundo deportivo de Francfort el gran acontecimiento era la fiesta de natación.

Ernesto Cany, un joven riquísimo, muy aficionado al deporte, estaba muy molesto porque carecía de localidad para ir a ver las carreras.

¡Era tan interesante y guapa Lee cuya fotografía había visto en los periódicos!

Pidió una entrada al conserje del hotel donde se hospedaba, quien le dijo:

—No tengo ninguna, señor... Pero mire, ahí está el señor Tom Wobler. Tal vez él pueda facilitarle una entrada, aunque es difícil, porque está todo vendido.

Ernesto acercóse a Tom, quien muy amablemente le facilitó una localidad. Y ambos cambiaron varias palabras elogiando la belleza de Lee.

—Es una mujer incomparable...

—En efecto—dijo Tom—. Jamás se ha visto una criatura tan bella.

—¿Lee ama a alguien?

—No; es desdenosa con todos los pretendientes.

Se separaron, prometiendo Tom a Ernesto, a quien conocía de verle en concursos de nata-

ción, facilitarle una entrevista con la deliciosa campeona.

Robby se acercó a su jefe y le comunicó que Lee quería celebrar una conferencia telefónica con su esposo.

—Voy a ver a la muchacha y a quitarle esas cosas de la cabeza—dijo Tom.

Iba a salir cuando avanzó hacia él nada menos que Juan Forbes, el mismísimo marido de Lee.

—Pero, ¿a qué viene a Francfort?—le preguntó sorprendido.

—La cosa más natural del mundo... A ver a mi mujer.

—No, amigo mío, no... Ahora no conviene que ustedes se vean. Una entrevista con ella podría ser la causa de perder el campeonato.

—¡Yo soy casado y no puedo vivir sin mi esposa!

—Paciencia, señor!

Al fin logró convencerle. Quedó Forbes paseando nerviosamente por el hall mientras Tom iba al cuarto de Lee.

Esta había rogado antes a Robby pidiese una comunicación con Forbes.

—Querida—le dijo Tom—. Don Ernesto Cany, el deportista más influyente del mundo, desea saludar a usted.

—No quiero ver a nadie. Sólo deseo saber cosas de mi marido.

—Mire, Lee. Si me promete usted ser amable con el señor Ernesto Cany, la pondré en comunicación con Berlín.

—Me sacrificaré.

—Aguarde un momento.

Tom volvió al hall y dijo a Forbes:

—Puede usted hablar con su mujer, pero... desde Berlín. Ella cree que está usted en su casa de la capital.

Dirigióse Forbes a la cabina del teléfono y llamó a Lee. Pero Tom, situado en la central, estaba dispuesto a interceptar la comunicación en el momento que se deslizara por mal camino.

—¡Lee de mi vida!—dijo Forbes.

—¡Maridito mío! ¡Cuántos deseos tengo de verte!

—Pero, Lee, si estoy aquí... en el hotel... Tom no me deja cumplir mis deberes de casado.

—¡Amor mío!

—¿Qué habitación tienes en el hotel?

Tom cortó bruscamente la conferencia. Era preciso evitar que los jóvenes se vieran... Lee debía nadar aquella noche, y no le convenían otras impresiones que las del agua...

—¡Contesta... Lee... contesta!

Desesperada, Lee, a su vez, llamaba a la central, sin resultado.

Por un momento pensó ella en echarlo todo a rodar, rescindir el contrato y volver con el maridito, pero la idea de ganar mucho dinero la contuvo.

Tom fué a reunirse con Forbes y le dijo:

—No se canse usted porque su esposa no volverá a llamarle. Después del match podrá usted verla. Ahora, créame, no sería conveniente para nuestros mutuos intereses.

—Esto es intolerable.

Y el marido tuvo que aguardar unas horas a ver a Lee, pues Tom tampoco le proporcionó localidad.

\* \* \*

En las carreras de aquella noche, Lee volvió a ganar el primer puesto. De nuevo la concurrencia se recreó con el espectáculo de su triunfo y con el no menos sabroso de su cuerpo de gracia escultural...

Ella, vestida con el "maillot" que modelaba las curvas geométricas y llenas de su cuerpo tostado, sonreía a todos sus admiradores.

Tom estaba radiante. Felicitó a Lee por su éxito. Luego, una vez la campeona se hubo cambiado su ropa de baño por otra de calle, de tela suave y vaporosa que también permitía transparencias... la acompañó al hotel, y la presentó a Ernesto Cany, quien creyendo a Lee soltera, prodigó todas sus galanterías.

Mientras ella reía escuchando el elogio de su belleza, se presentó Juan Forbes. Estaba furioso al ver a su mujer en coqueteos con otro individuo.

Lee se volvió pálida, y de buena gana, pues sentía irresistible deseo de amar, se habría echado en brazos de su marido.

Tom, sin perder la serenidad, dijo, señalando a Forbes:

—Aquí está don... Casimiro, mi mejor amigo...

Presentó a los dos hombres. Ernesto le saludó cumplidamente. Y Forbes lo hizo con frialdad.

Desorientado, Forbes estrechó la mano de su mujer y fué a protestar contra aquella burda comedia.

—Yo deseo saber...

—Cállese usted, por Dios; sino va a ser

el causante de mi ruina—le advirtió bajito el empresario.

Ella hizo un gesto de inteligencia. ¡Silencio, maridito! Había que sacrificarse mucho para ganar dinero. Y prosiguiendo la farsa, dijo:

—¡Cuando éramos chicos, jugábamos con Ca-



*...prodigóla todas sus galanterías.*

simiro a los cow-boys en las llanuras de nuestro país.

Tom, para celebrar el éxito de Lee, invitó a todos a comer. Se dirigieron al restaurante del hotel. Stanley se unió a ellos.

Lee aparecía preocupada. ¿Tendría su marido la suficiente paciencia para seguir tolerando aquella farsa?

Ernesto, durante la comida, prodigó a ella todas sus galanterías de hombre correcto con el consiguiente disgusto de Forbes a quien Tom estaba importunando a cada instante con un ridículo: "¡Oh, don Casimiro!"

Y el sufrido don Casi... casi no podía aguantar su papelito ridículo.

Lee, un poco nerviosa, agitada, apenas probó bocado. Y a mitad de la comida, se levantó pretextando dolor de cabeza, y dirigióse a su habitación.

Los tres hombres acabaron la comida no sin que Tom tuviera que realizar grandes esfuerzos para que Forbes no se ausentara.

—¿Qué hermosa es esta Lee!... Realmente, me gusta una barbaridad—decía Ernesto.

Forbes le envolvió en una mirada de reproche, pero Tom, dándole un fuerte pisotón, le impidió que contestase mal.

Al terminar la comida, Tom le aconsejó que tuviera paciencia.

—Si usted intenta batirse con todos los admiradores de su mujer—le dijo en voz baja—, le aconsejo adquiera una ametralladora.

Quiso Forbes marcharse de una vez para ir a reunirse con Lee, pero Tom, velando por la tranquilidad espiritual de la campeona, no se lo permitió.

Y de nuevo los tres hombres se reunieron en otra salita para saborear unas nuevas copas de champaña.

Por fin a medianoche se disolvió la tertulia. Ernesto se dirigió a su cuarto.

Al pasar Forbes y Tom por uno de los corredores, Lee salió de la habitación donde ella se

hospedaba y abrazóse tiernamente a su marido.

—Te he estado esperando toda la noche... Quiero que estés conmigo a lo menos hasta mañana por la mañana.

—Yo lo deseo con toda mi alma.

—No... no... de ninguna manera — protestó



...se levantó pretextando dolor de cabeza.

Tom—. A Lee le conviene dormir... sola. Y en cuanto a usted, querido, es preciso que se marche en el tren que sale para Berlín dentro de veinte minutos.

—Señor mío...

—Todo el mundo cree soltera a Lee. Figúrese el escándalo que se armaría si supiesen que ha pasado la noche con un hombre.

Fué inútil la porfía del matrimonio. Y Lee, para no seguir perdiendo la protección de Tom, accedió a seguir durmiendo sola por una temporada.

Furioso, desesperado, Juan Forbes, después de volver a besar a su mujer, se dejó acompañar por Tom Wobler a la estación.

Forbes vió con profundo disgusto, como el tren se alejaba de aquella ciudad de Francfort donde estaba su mujer expuesta a la ajena curiosidad.

En el mismo departamento de Forbes viajaba Mary Bown, la ex campeona, que había asistido al match. Se hallaba leyendo en la sección de última hora el nuevo triunfo de Lee "la célebre profesional entrenada por Tom Wobler".

Habló durante el viaje con su compañero. La conversación recayó en el match de natación. Y Mary exclamó con todo el despecho de su alma:

—Dicen que a esa mujer la ha entrenado Tom Wobler. ¡Qué hombre tan antipático es ese!

—¡Horriblemente antipático!—respondió Forbes sin darse a conocer como el marido de Lee.

—Ha sido antes mi representante y entrenador, pero le despedí. Pero... si yo quisiera, poco trabajo me costaría vencer a Lee.

Se hicieron buenos amigos... Forbes siguió manteniendo el incógnito, pero le agració haber contraído amistad con la ex campeona de natación.

Se ofrecieron sus domicilios al llegar a Berlín...

Forbes olvidó pronto a aquella mujer para seguir pensando en la esposa fugitiva.

\* \* \*

La mujer que batió el record del mundo seguía siendo cortejada por Ernesto Cany que al día siguiente en el hotel de Francfort habló largamente con ella.

Pero Lee esquivaba aquella peligrosa conversación.

Mientras estaba conversando con Ernesto, llegó Tom y dijo:

—Ha sido aplazada la fecha del campeonato de Europa. Tiene usted vacaciones, señorita Lee.

—¡Qué gran alegría me da usted!

—¿Dónde pasará usted esos días de calma? —le preguntó Ernesto—. Si me permitiera ir con usted, me consideraría un hombre feliz.

—¡Imposible, amigo mío! Durante esas vacaciones pienso guardar un incógnito riguroso— dijo acariciando a los dos hombres.

—Así debe ser—intervino Tom—. Esa temporada de fiesta ha de ser de total descanso, sin recibir a nadie...

Marchó Tom, y entonces, Ernesto, atrayendo a su amiga hacia sí, respirando el sensual perfume de aquella criatura enloquedora, exclamó:

—Lee, yo la amo... ¿Acepta ser mi esposa?

Ella se echó a reír esquivándole con gracias de gatita mimosa.

—Tengo un contrato muy cerca, que no me lo permite.

—Rómpalo usted...

—¡Imposible, amigo mío! Conténtese usted con mi amistad... y no me pida nada más.

—¡Dejar perder la juventud sin la alegría del amor!

—¡Bah! ¡Eso son romanticismos!

Y dió a besar la mano a su admirador dando por terminada la entrevista.

Pasaron varios días.



*—Durante esas vacaciones pienso guardar un incógnito riguroso.*

El dinero, moderno dios mitológico, acude, pródigo, en busca de quien cultiva el deporte.

Y con las varias veces que la campeona había efectuado exhibiciones de natación, logró reunir una interesante fortuna.

Acababa de alquilar un bello hotelito en la

montaña, cerca de Berlín y había comprado un automóvil.

Descansaba en aquella casa, en la que Tom y Robby hacían frecuentes visitas para convencerse de que la triunfadora llevaba una vida higiénica.

A pesar de que Tom le había prohibido que comunicase la dirección a su marido, Lee no pudo seguir tolerando su soledad y le escribió para que fuera a visitarla.

No se hizo Forbes repetir dos veces el ruego y dirigióse a la casa de campo admirando el esplendor en que Lee vivía...

—Pero ha de durar eso aun mucho tiempo, Lee? Yo no puedo seguir separado de ti. Me muero de hastío.

—Pronto seré millonaria... y entonces, nadie nos separará... ¿Qué te parece este hotelito? Y tengo un magnífico coche... Ven a verlo.

Ante la casa aguardaba un bello auto de seis cilindros, en el que los jóvenes tomaron asiento.

Dieron una vuelta por los alrededores parándose de vez en cuando, para besarse con verdadera hambre de enamorados.

Al regresar a casa, Forbes daba muestras de verdadera felicidad. Además estaba trastornado. El delicado contacto con su esposa había llevado su imaginación por agradables senderos que ahora no quería dejar.

—Viviré contigo. Al menos durante esas vacaciones que te han impuesto; seremos el uno para el otro.

—¡Sí, maridito mío!

Sus labios se fundían, ávidos de locas caricias.

Pero interrumpió el reanudado idilio la súbita presencia de Tom Wobler y de Robby.

—¿Usted en esta casa?—dijo Tom.

—Y para una temporada... Estoy cansado de no ver a mi mujer.

—Usted no tiene nada que hacer aquí, señor —respondió Tom muy severamente—. Su señora está dedicada a la vida higiénica, de preparación para el campeonato de Europa... y no puede perder el tiempo en otras cosas. ¿Comprende?

—¡Basta ya!—clamó el marido—. ¡Fuera de aquí todo el mundo! ¡En mi mujer no manda nadie más que yo! ¿Verdad, Lee?

Ella, dándole un beso en la boca, repuso:

—¡Sí, Forbes!

—¡Salgan de aquí inmediatamente!—gritó el joven echando por una ventana varios paquetes que llevaban los dos hombres.

—¡Bien... muy bien!... Lee, ¿obedece usted a su marido? ¿Renuncia usted a tomar parte en el campeonato de Europa?—preguntó Tom.

—Sí...

—Entonces, según nuestro contrato, tendrá usted que pagarme diez mil dólares de indemnización.

—¡Salga usted de aquí!—replicó Forbes.

—¡Ahora, señor, ahora!... Además, Lee, ¿sabe lo que pensarán de usted los aficionados?

—¿Qué?

—Pues que tiene usted miedo.

—¡Le repito que marche!

Obedecieron Tom y Robby, pero el primero dijo a su servidor:

—Recoge el equipaje del suelo y espera... Ella nadará.

Al hallarse solos, Lee a quien las palabras de Tom habían herido mucho, opinó:

—Forbes, de todos modos, es una lástima renunciar a la ganancia que puedo obtener y pagar diez mil dólares...

—Sin embargo...

—Además, el amor propio... Debes permitirme tomar parte en el campeonato... Luego ya veremos.

—En fin... Tú mandas siempre... Pero sólo el campeonato de Europa... nada más.

Tom volvió a aparecer y dijo:

—Bueno. ¿Toma usted parte en el campeonato o no?

—Quédese usted!... Acepto el campeonato... pero con una condición... Mi marido vivirá conmigo en esta finca.

—Aceptado... siempre que ante los ojos de los extraños... pase solamente como un huésped... como don Casimiro, por ejemplo... Conviene mantener su estado de soltera.

El matrimonio accedió... Y a la otra tarde, Forbes recibió la visita de su primo Stanley a quien explicó lo ocurrido y dijo:

—Es horrible estar casado con una celebridad.

—Si pudieras quitarle su afición...

—Pero, ¿cómo?... Sin embargo, tengo una idea... Verás.

Y en voz muy baja le contó un plan...

\* \* \*

Todos los días, Forbes debía ir a Berlín para asistir a su oficina.

Un día, en compañía de su primo Stanley, dirigióse a ver a Mary Bown, la antigua campeona.

—Señorita Mary, es preciso que nade usted en el campeonato de Europa.

—¿Por qué?

—Me interesa mucho—dijo Forbes mirándola tiernamente—. Usted no sabe hasta qué punto sentí la derrota de usted... Soy su gran admirador... y querría verla elevada a la categoría de vencedora.

—Si yo me lo propongo, llego donde lleguen las demás.

—Y además vencería usted a esa orgullosa de Lee...

Forbes era buen mozo y conversador amenísimo... Y Mary, creyendo que aquel muchacho se había enamorado de ella, accedió a tomar parte en el campeonato, lo que por otra parte le permitía aspirar a la reconquista del título perdido.

Forbes deseaba que Mary venciera porque de esta manera decaería tal vez la afición de Lee.

Mientras tanto, Ernesto Cany vivía en una finca cercana a la de Lee, ignorando que tuviera por vecina a la campeona. Hasta que un día, habiéndole visto Robby, le comunicó la verdad.

La providencia había querido reunir a los dos jóvenes.

Lee disfrutaba alegremente en su retiro. Los domingos los pasaba todo el día con su esposo.

Paseaban en barca por un cercano lago.

Un domingo, Ernesto fué a ver a su amiga. Había visto a la joven en barca acompañada de... Casimiro y sintió celos.

—¡Yo no puedo separarme de usted, Lee!... —le dijo en el jardín—. Por eso he averiguado su dirección. Y quiero ahora repetirle mi proposición de que nos casemos. ¡La adoro!

—¡Imposible, amigo mío!

—¿No me acepta usted?—exclamó, acariciándola—. ¿Dedica usted su corazón acaso a su amigo don Casimiro?

—¡No es amigo! ¡Es mi marido del alma!

—¿Su marido?

Se alejó profundamente disgustado. Y Forbes, que de lejos había presenciado aquella escena, interrogó luego a su esposa sobre la entrevista.

—¿Cómo se permite ese hombre tantas confianzas contigo?

—No hagas caso. Los deportistas nos tratamos con mucha confianza.

—Pues reniego de los deportistas.

—¡Vamos, no seas así!... Sólo a ti te adoro.

Tom, que pasaba los domingos en la casa, avanzó hacia el matrimonio con un papel en la mano, y dijo a Lee:

—Tiene usted una terrible competidora en el campeonato: Mary Bown.

—No me importa. La venceré como la otra vez.

Forbes sonrió alegremente. Las cosas no iban mal.

Y llegó el día del campeonato de Europa. Y entre Mary y Lee establecióse un duelo cruel.

Lee estaba dispuesta al triunfo. Rodeaban a

Lee, su marido, su entrenador, Robby, Stanley y Ernesto, quien seguía tributándole el homenaje de su admiración.

La fiesta se celebraba en el Club Náutico de Berlín.

Cuando Lee, desde su cuarto del Club, se di-



*Lee estaba dispuesto al triunfo.*

rigía a la piscina, vió a Forbes, que había marchado antes, hablando con Mary en el corredor y eso le produjo una fuerte vibración de celos.

Mary y Forbes sonreían y la primera miraba amorosamente al ingeniero.

—¡Oh, qué desgracial! —dijo Lee a Ernesto—. ¡Esa mujer está enamorada de mi marido!

—¡Y yo estoy enamorado de usted!

—¡Calle... calle! ¡Yo me retiro del campeonato.

—¿Está usted loca? —le gritó Tom—. Ahora no tiene usted más remedio que nadar.

—¿No está usted viendo cómo hablan?

Con grandes esfuerzos consiguió Tom que Lee se dirigiera a la piscina. Mary llegó poco después. Ambas mujeres se miraron con rabia mal contenida.

Doce nadadoras de cuerpos estupendamente modelados, se lanzaron al agua. Y tras varias vueltas para cubrir algunos centenares de metros, consiguió Lee llegar la primera a la meta obteniendo de este modo el campeonato de Europa.

Estallaron delirantes ovaciones. En aquel instante Forbes, olvidándose de que le convenía el triunfo de Mary, se dirigió hacia su esposa, entre los grupos que la aclamaban.

Pero ella, enfurecida, volvióle desdeñosamente la cabeza y cogiendo de un brazo a Tom y del otro a Ernesto se encaminó hacia su cuarto.

Y Forbes ya no pudo, a pesar de sus esfuerzos, penetrar en la habitación, tal era el cúmulo de gente que allí aguardaba.

Mary, que había visto a Forbes yendo detrás de Lee, le llamó y le dijo:

—¡Usted me ha engañado! ¡La mujer que le interesa es Lee!

—Pues bien, lo confieso. Lee es mi mujer y únicamente quería que la venciera usted en el campeonato...

—¿Lee es su mujer? ¡Oh, no me diga usted nada más! ¡Servir de burla! ¡Infames!

Se alejó despechada mientras Forbes quedaba

paseando nerviosamente por el corredor. Su primo Stanley acercósele y le dijo que Lee estaba convencida de que él tenía algo que ver con Mary.

—Pero eso es un absurdo... Me ha visto hablar únicamente con ella y...

—¿Qué quieres? Las mujeres son así...

Lee había salido por otra puerta en compañía de Ernesto Cany. Este muchacho la había invitado a dar un paseo en barca. Y ella, enfurecida por lo que creía deslealtad de Forbes, había aceptado de buen grado.

En vano Tom le instó para que no se fuera con Ernesto. Ella no quiso obedecer.

Forbes, deseoso de aclarar las cosas con su esposa, dirigióse ahora al cuarto de ella. Pero Tom le informó que había partido con su amigo Ernesto.

—¡Ah! He procurado separarla del marido y ahora surge un amigo. ¡Es una fatalidad!

—¿Conque ella ha marchado con Ernesto? ¡Miserables todos! Es preciso encontrarlos, sea donde sea—gritó Forbes.

Y poseído de la más feroz indignación, subió a un automóvil y se dirigió al hotelito donde ella vivía, en los alrededores de la capital.

Cuando Forbes llegó a la casa, un sirviente le comunicó que había visto a la señorita pasar en una lancha con Ernesto en dirección a la quinta donde vivía el deportista.

Ya no dudó Forbes de la traición de su mujer y saltando a una barca se encaminó hacia la casa de Ernesto, situada a la otra orilla del lago.

Deseaba matar a los dos.

Entretanto, Lee, sin ninguna mala intención, se

encontraba en casa de su amigo, contándole a éste la traición de que suponía había sido objeto. Y el joven se reía, pensando que la traición... con la traición se pagaba. Además, era tan apetitosa aquella mujer, tan bonito su escote...

Pero ella le rechazaba amargamente.

—¡No, Ernesto!... ¡No puedo amarle, no! ¡Ay, ese maldito hombre!

Ernesto era un caballero... Aceptaba el amor, pero nunca lo robaba. Y dijo al cabo de un rato:

—¿Es que todavía quiere usted a su marido?

—Creo que le odio... pero no... no sé... Voy a volverme loca.

Conocía él bien la psicología de las mujeres.

—Se engaña usted a sí misma. No es odio lo que siente por su marido, sino amor—respondió tristemente—. Me hago cargo y no quiero insistir.

Entraron en aquel instante Tom y Stanley. Comunicaron la exaltación que se había apoderado de Forbes al saber que ella había salido con Ernesto.

—Forbes está celoso de ti—dijo Stanley.

—¿Y qué derecho tiene para ello? El quiere a otra mujer. Me ha engañado.

—No es cierto que ame a Mary—respondió Stanley—. En quien piensa constantemente es en ti. Tú en cambio estás en casa de Ernesto.

—Nada ha ocurrido entre esta señora y yo—dijo el dueño de la casa.

Un criado anunció que el señor Forbes deseaba entrar.

El más atroz pánico se apoderó de todos.

—Si me encuentra en esta casa, he perdido a mi marido para siempre—dijo ella.

Y desesperada, pues ante las palabras de su primo volvía a creer en Forbes, salió al balcón...

No podía ir en busca de la lancha que se hallaba frente a la entrada de la casa, pues la hubiera visto su marido.

Así es que decidida a todo para que Forbes no la descubriera, se echó al agua y a brazo partido nadó hacia la otra orilla.

Forbes entró furioso.

—¡Mi mujer está aquí!—rugió.

—No tiene usted motivo alguno para desconfiar de su esposa. Ella es digna de todos los respetos—contestó Ernesto—. Yo la he acompañado hasta su casa donde debe encontrarse ahora.

Tom y Stanley aseguraron que la joven no había visitado aquella finca y Forbes ya casi tranquilizado, cogió una barca y regresó a su casa.

Lee, sorteando los peligros de aquel lago en el que había plantas que trepaban desde el fondo, logró alcanzar la playa opuesta antes que Forbes, ansiendo vehementemente ganar aquel record del que dependía tal vez su felicidad. Forbes volvió a su casa algo más esperanzado.

Y cuando llegó al hotelito encontróse con que allí estaba su esposa sentada tranquilamente.

Y al verse, marido y mujer, conmovidos, se fundieron en un estrecho abrazo, olvidando rencores y celos. Diéronse mutuas explicaciones, contando él su relación con Mary y ella su entrevista con Ernesto. Y sonreían al ver que por absurdos celos habían estado a punto de romper su felicidad.

Desaparecía la nube que por unas horas les había separado.

Poco después llegó el empresario Tom, y Lee manifestó que no quería continuar el contrato.

Pero Tom era buen negociante.

—¡Nada de esto!—dijo—. Usted seguirá conmigo... Ahora tendrá usted largas vacaciones... Y luego volverá a nadar, pero ya convertida para todos sus admiradores en una señora casada. Me convenzo que es la mejor manera para que gane los campeonatos sin temor.

—No, Tom Wobler... ahora unas largas vacaciones... luego Dios dirá...

Forbes abrazó a su mujercita, y ella le dijo al oído:

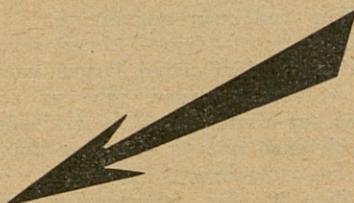
—Ya nunca más nos separaremos aunque tengamos que pagarle a Tom la indemnización correspondiente.

Y Tom se alejó, poco convencido de que Lee volviera a la natación... Bueno. La dejaría que siguiera su vida. El volvería con Mary Bown cuyo estilo le había parecido admirable en la última carrera.

Y los dos jóvenes al verse solos volvieron a fundirse en un beso en el que batieron el record... de duración.

F I N

**Recuerde estos títulos:**



**Cristina, la holandesita**  
y  
**¡Viva Madrid,**  
**que es mi pueblo!**

que apareció ayer y en breve, respectivamente, en las selectas **Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica.**



**De interés para todos, especialmente para los padres**

**Ediciones BISTAGNE**

ha puesto a la venta una nueva publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

# **EL CUENTO SELECTO**

**Su precio es de 15 céntimos**

y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

**Inmejorable presentación**

**¡El mejor cuento del hogar!**

**¡15 céntimos!**